

www.puntodelectura.com

SPENCER JOHNSON

El Presente

punto de lectura



Título: El Presente

Título original: *The Present*

© 2004, Spencer Johnson

Traducción: Gerardo Hernández Clark

Publicado por acuerdo con The Doubleday Broadway Publishing Group, un departamento de Random House, Inc.

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-1583-8

Depósito legal: B-22.962-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Beatriz Tobar

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

SPENCER JOHNSON

El Presente

Traducción de Gerardo Hernández Clark

*Dedicado a quienes forman parte de este libro,
en especial a mi familia.*

Índice

Antes de la historia	11
La historia del Presente.....	17
Ser	45
Aprender.....	59
Planear.....	75
Después de la historia.....	109
Para conocer más	127
Sobre el autor.....	129

Antes de la historia

Una noche, Bill Green recibió una llamada apremiante de Liz Michaels, una antigua compañera de trabajo.

Ella sabía que Bill gozaba de gran éxito y fue directa al grano: «¿Podemos vernos pronto?». Su voz denotaba cierta tensión.

Bill dijo que sí y ajustó su agenda para almorzar al día siguiente con ella. Cuando la vio entrar al restaurante, notó lo fatigada que se encontraba.

Después de intercambiar unas palabras y encargarse de la comida, Liz le dijo:

—Me dieron el puesto de Harrison.

—Felicidades —contestó Bill—. No me sorprende que te hayan ascendido.

—Gracias, pero las cosas han cambiado mucho desde que te fuiste. Hay menos empleados

y más trabajo. Parece que no hay tiempo para terminar nada. Además, no estoy disfrutando mi trabajo y la vida como quisiera. A propósito, Bill —añadió cambiando de tema—, tienes muy buen aspecto.

—Estoy bien —respondió él—. Disfruto más de mi trabajo y de mi vida. ¡Ha sido un cambio muy provechoso!

—¿Has cambiado de trabajo?

—No, pero muchos piensan eso —dijo Bill riendo—. Todo empezó hace como un año.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Liz con curiosidad.

—¿Recuerdas cómo me presionaba y presionaba a los demás para obtener buenos resultados y cuánto tardábamos en concluir las cosas?

—Lo recuerdo muy bien —dijo Liz riendo.

Bill sonrió como si le hiciera gracia su anterior comportamiento.

—Bueno, he aprendido algunas cosas y mis compañeros también. Obtenemos mejores resultados, de manera más rápida y con menos estrés. Por si fuera poco, disfruto más de la vida.

—¿Qué ocurrió? —insistió Liz.

—Si te lo dijera, no me creerías.

—Haz la prueba.

Bill hizo una pausa y dijo:

—Un buen amigo me contó una historia que resultó ser un auténtico regalo. De hecho, la historia se llama *El Presente*.

—¿De qué trata?

—Es sobre un joven que descubre la manera de vivir y trabajar más feliz y exitosamente, ¡a partir de ya!

—¿*Ya*? —preguntó Liz.

—Sí. Ésa es la parte esencial de la historia. Cuando la oí, reflexioné sobre ella y sobre cómo podía beneficiarme. Luego puse en práctica lo que aprendí, primero en el trabajo y luego en mi vida personal. Esa historia tuvo una gran influencia en mí, y los demás empezaron a notarlo. Al igual que el protagonista de la historia, ahora soy más feliz y mi rendimiento ha mejorado muchísimo.

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—Bueno, ahora me concentro mejor en lo que hago, aprendo más de las situaciones y puedo planificar mejor. Me esfuerzo en realizar lo más importante sin tardar demasiado.

—¿Aprendiste todo eso de esa historia?

Liz estaba sorprendida.

—Eso es lo que yo aprendí. Cada individuo obtiene cosas distintas del Presente, dependiendo

de la situación laboral o personal en que se encuentre. Por supuesto, hay algunos que no obtienen ninguna enseñanza. Es una parábola práctica, por lo que su valor no reside en la historia que cuenta sino en lo que aprendes de ella.

—¿Puedes contármela? —le pidió Liz.

Bill tomó un sorbo de agua y dijo lentamente:

—No lo sé, Liz. Pareces ser muy escéptica, y éste es el tipo de historia que podrías rechazar sin más.

Liz bajó la guardia. Confesó que tenía muchas presiones en el trabajo y en su vida personal, y que había acudido a la cita con la esperanza de recibir ayuda.

Bill recordó haberse sentido así.

—De verdad quiero oír esa historia —insistió ella.

A Bill siempre le había agradado Liz y la respetaba, así que le dijo:

—Te la contaré con mucho gusto, pero te lo advierto: lo que obtengas de ella y el uso que le des dependen de ti.

Liz estuvo de acuerdo y Bill continuó:

—Cuando la escuché me di cuenta de que entrañaba mucho más de lo que parecía a simple vista. Tomé notas durante todo el relato para

recordar las ideas que procuraría utilizar más tarde.

Liz se preguntó qué podría encontrar ella de utilidad. Tomó una libreta y dijo:

—Estoy lista... te escucho.

Bill comenzó a relatar *El Presente*.

La historia del Presente



Hubo una vez un niño que solía escuchar a un sabio anciano, y así empezó a aprender sobre el Presente.

El anciano y el niño se conocían desde hacía más de un año y les gustaba conversar.

Un día el anciano dijo:

—Se llama el Presente porque de todos los regalos que puedas recibir, éste es el más valioso.

—¿Por qué es tan valioso? —preguntó el niño.

El anciano explicó:

—Porque cuando lo recibes te vuelves más feliz, capaz de hacer todo lo que quieres.

—¡Vaya! —exclamó el niño, aunque sin entender del todo—. Espero que alguien me regale el Presente algún día, tal vez en mi cumpleaños.

Entonces el pequeño se fue a jugar.

El anciano sonrió y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que el chiquillo descubriera el valor del Presente.

El anciano disfrutaba viéndolo jugar en el vecindario. Con frecuencia observaba una sonrisa en su rostro y lo oía reír mientras se columpiaba en un árbol.

El niño era feliz y estaba completamente inmerso en lo que hacía. Era una dicha contemplarlo.

Cuando el niño creció, el anciano se fijó en la forma en que trabajaba. Los domingos por la mañana observaba a su joven amigo cortar el césped al otro lado de la calle. Silbaba mientras trabajaba. Parecía ser feliz sin importar lo que hiciera.

Una mañana, el niño vio al anciano y recordó lo que le había dicho sobre el Presente.

El niño lo sabía todo sobre regalos, como la bicicleta que había recibido en su último cumpleaños y los que se encontraba bajo el árbol en Navidad.

Sin embargo, al reflexionar se dio cuenta de que la dicha que le proporcionaban esos obsequios no duraba mucho.

—¿Por qué es tan especial el Presente? —se preguntó—. ¿Por qué es mucho mejor que cualquier

otro regalo? ¿Qué puede hacerme más feliz y más capaz para realizar las cosas?

Ávido de respuestas, el niño cruzó la calle y le formuló al anciano una pregunta propia de un niño:

—¿El Presente es como una varita mágica que puede hacer realidad todos mis deseos?

—No —contestó riendo el anciano—. El Presente no tiene nada que ver con la magia ni con los deseos.

Sin comprender bien la respuesta y todavía pensando en el Presente, el niño volvió a trabajar en el jardín.

El chiquillo creció y siguió preguntándose sobre el Presente. Si no tenía que ver con deseos, ¿podría ser como ir a algún lugar especial?

¿Significaba viajar a una tierra extraña en la que todo fuera distinto: las personas, la ropa, el idioma, las casas o el dinero? ¿Cómo se llegaría allí?

El niño fue a buscar al anciano y le preguntó:

—¿El Presente es una máquina del tiempo con la que puedo ir a donde quiera?

—No —respondió su amigo—. Cuando recibas el Presente dejarás de pasar el tiempo soñando con ir a otro lugar.

El tiempo pasó y el niño se hizo adolescente. Cada vez se sentía más descontento; creía que iba a ser más feliz cuando creciera, pero siempre parecía querer más: más amigos, más cosas, más emociones.

Soñaba impaciente con lo que le esperaba en la vida. Sus pensamientos regresaron a sus conversaciones con el anciano y se dio cuenta de que cada vez pensaba más en la promesa del Presente.

De nuevo fue con el anciano y le preguntó:

—¿El Presente es algo que me hará rico?

—Sí, en cierto modo —contestó el anciano—. El Presente puede darte muchos tipos de riqueza, pero su valor no sólo se mide en oro o dinero. Tener más éxito significa progresar hacia lo que es importante para ti —concluyó serenamente.

—¿De manera que yo decido qué es el éxito?
—preguntó el adolescente.

—Sí, todos lo hacemos —dijo el anciano—. Y podemos cambiar nuestro concepto del éxito de acuerdo con las etapas de la vida en que nos encontremos.

»En tu caso, ahora, el éxito puede consistir en tener una buena relación con tus padres, obtener mejores calificaciones en la escuela, mejorar en los deportes o conseguir un trabajo a tiempo parcial después de la escuela, y luego obtener un aumento por tu buen rendimiento.

»Más tarde, el éxito puede significar simplemente un mayor disfrute de la vida, o tener una sensación de paz y plenitud contigo mismo, sin importar cualquier otra cosa, lo que constituye un tipo de éxito muy especial.

—¿Qué significa para ti? —quiso saber el adolescente.

El anciano rió:

—En esta etapa de mi vida, significa reír con más frecuencia, amar con mayor intensidad y ser más útil.

—¿Y dices que el Presente te ayuda a lograr todo esto? —repuso el adolescente.

—¡Por supuesto! —exclamó el anciano.

—Pues a mí nadie me ha dado un regalo así. De hecho, jamás he oído que otras personas se refieran a un Presente como ése. Estoy empezando a pensar que no existe.

El anciano respondió:

—Oh, sí existe, pero me parece que aún no comprendes bien el asunto.

Tú ya sabes qué es el Presente.

Ya sabes dónde encontrarlo.

*Y sabes cómo puede hacerte
más feliz y exitoso.*

Lo sabías con certeza cuando eras más joven.

Simplemente, lo olvidaste.



El anciano preguntó:

—Cuando eras niño y cortabas el césped, ¿lo pasabas bien o mal?

—Bien —contestó el adolescente.

—¿Qué hacía que lo pasaras bien?

El adolescente reflexionó un momento y dijo:

—Me gustaba lo que hacía. Mi trabajo era tan bueno que los vecinos también me pedían que cortara el césped. De hecho, ganaba bastante dinero para un niño de mi edad.

—¿Y en qué pensabas mientras trabajabas?

—preguntó el anciano.

—Cuando cortaba el césped pensaba sólo en eso, en cómo segar en las zonas difíciles y alrededor de los obstáculos; pensaba en todos los jardines que podía arreglar en una tarde y en lo bien que trabajaba, pero básicamente me concentraba en cortar el césped que tenía frente a mí.

El tono de su voz sugería que estas respuestas le resultaban obvias.

El anciano se inclinó hacia él y dijo lentamente:

—Exacto. Ésa es la razón por la que eras más feliz y tenías más éxito.

Por desgracia, el adolescente no reflexionó mucho acerca de lo que acababa de escuchar. Sólo se mostró más impaciente.

—Si quieres que sea más feliz —dijo al anciano— ¿por qué no me dices simplemente qué es el Presente?

—¿Y dónde encontrarlo? —añadió el anciano.

—Sí —demandó el adolescente.

—Me gustaría, pero no tengo el poder para hacerlo. Nadie puede recibir el Presente de otra persona. El Presente es un regalo que te haces a ti mismo; sólo tú tienes el poder para descubrirlo —explicó el anciano.

Decepcionado por la respuesta, el adolescente se fue.